

AGUAS ABAJO

EDUARDO WILDE

Ediciones **elaleph**.com

Editado por
elaleph.com

CÓMO ERA TUPIZA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

Boris existe, luego nació; esta proposición es innegable y superior a la de Descartes: Pienso, luego existo.

La primera encierra una verdad y la segunda, la del célebre filósofo, una petición de principio y una simple afirmación que no llega a ser razonamiento.

Boris nació en Tupiza (Bolivia), provincia del Chorolque o de Chichas, como se quiera; el día... iba a cometer la imprudencia de designarlo; felizmente un pudor natural, por cuenta de Boris, me lo ha impedido a tiempo.

No tuvo el mérito ni la culpa de entrar en el mundo por Tupiza; pero si le hubiera sido posible escoger una población para nacer en ella, habría

optado por esa villa, en razón de ser ella modesta, elemental y rara.

Tenía dos calles, una de las cuales se llamaba "la calle izquierda", por contrapunto con la otra llamada "la calle derecha".

Estos nombres no eran en manera alguna justificados, siendo la calle izquierda la más derecha y pudiendo las dos cambiar de nombre según la dirección del transeúnte, pues no habían números en las puertas.

LIGERA DIGRESIÓN SOBRE LAS FECHAS Y ADELANTE

"Qué me importa a mí dónde ni cuándo nació Boris", podría decir cualquiera mal criado, el público, por ejemplo, si leyera estas páginas; pero el autor de ellas podría replicarle diciéndole: "nada le importa, convenido, como no importa a nadie su observación, pues podría usted hacer la misma a cuantos relatos, crónicas, historias, cuentos y biografías corren por el mundo".

Que la batalla del 24 de mayo haya tenido lugar el 24 de mayo y no el 24 de noviembre, para usted es lo mismo, pero no lo es para los que han hecho de esa fecha un símbolo o algo más: sobre todo para los pensionistas militares por razón de sus deudos muertos ese día en acción de guerra; ¡seis

meses de diferencia de pensión para una viuda inconsolable!... ¡como quien dice nada!

Finalmente, si a usted no le importan las noticias de Tupiza, ¡no las lea y habremos concluido! ¿Usted se piensa que yo escribo para usted? ¡Yo escribo para mí, como escriben para sí, todos los autores que procuran el bien de la humanidad. Usted no ignora que el tiempo es continuo. Si nosotros lo dividimos en rebanadas más o menos grandes, lo hacemos por razones de economía política y doméstica, y a fin de poder consignar las fechas en un cuaderno llamado almanaque sin el cual la vida es imposible.

¿ Qué sería de la historia, de la crónica y de la biografía sin fecha?

Prive usted de ellas a la sociedad y a los gobiernos y se queda el mundo sin registro civil, sin contribución territorial, sin ley de patentes sin fiestas patrias, sin regalos para el 25 de diciembre o el 1º de enero, sin congratulaciones ni pésames, sin vida social; en fin, sin duración prefijada para las estaciones, los solsticios y los equinoccios.

Usted no piensa en la ventaja universal de un aniversario agradable, porque olvida usted, público ilustrado y mentecato, que usted es pulpero,

mercerero, tendero, zapatero, sastre, joyero, mercader, en una palabra: que vende para regalos obligatorios o de cortesías, tarros de conservas, cintas, cortes de vestido, botines, ropa, relojes y cuanto a mano viene, a precios tales como para procurarle a usted una condenación a trabajos forzados por su honorabilidad comercial reconocida.

Hecho este paréntesis tan importante como cualquiera de los de un libro clásico, bueno es saber que en Tupiza no había periódicos, ni demagogos ilustres, ni tribunos hipócritas y abnegados, ni defensores profesionales de los derechos del pueblo, nombrados por sí mismos.

LO QUE ES EL PUEBLO CUANDO SE HACE VISIBLE

Todas estas privaciones dependían de que no había allí pueblo, propiamente hablando, sino un reducido número de habitantes quienes, por fortuna, ni siquiera caían en cuenta de la falta de ese monstruo explotable y dañino, sumiso y bravío al capricho de los vientos; mezcla de hiena y de carnero, pronto a enfurecerse y a cometer, bajo el imperio de sus cóleras ciegas los crímenes más atroces, poniéndoles el rótulo de "reivindicaciones heroicas"; pues lo que tienen por pueblo los instigadores de las multitudes, cuando tratan de encarnar en algo sus pasiones, no es el total de los habitantes de una comarca o de una ciudad, sino esa conglomeración repelente que hace ostensibles sus

enconos, apócrifamente titulados "opinión pública", por medio de la prensa o del comentario en las calles, y caracterizada realmente, por su innobleza, su perversidad, su absoluta falta de criterio sensato, sus tolerancias para los defectos, vicios y aun crímenes de algunos afortunados, generalmente mediocres, a quienes favorece y hasta idolatra, como por su desconocimiento de las calidades, virtudes y servicios de otros a quienes odia sin motivo y persigue con salvaje brutalidad.

De estos componentes de la civilización actual carecía, pues, la villa natal de Boris y por lo tanto, sus habitantes trabajaban mansamente, se divertían en las fiestas, rezaban a sus santos, enterraban sus muertos (muy pocos) y dejaban correr la vida según como venía.

**INFLUENCIAS DE LAS PERCEPCIONES E
IMPRESIONES SOBRE LAS IDEAS,
SENTIMIENTOS Y ACTOS DE BORIS
-DENME DESDICHAS- FLUYEN OTROS
TÓPICOS**

Boris, cuando comenzó a hablar, inventó un lenguaje para su uso particular; sin duda oía mal las sílabas y las palabras y las pronunciaba como las oía; así hacen todos los niños; pero éste abusaba realmente de su derecho alterando los vocablos de la manera más insólita.

Para decir llévenme a Tupiza, decía: "vevás a mí Popiza"; a su mamá, que llevaba el cristiano, deplorable y excelente nombre de Visitación, la llamaba Mastototon. ¿De dónde sacaría eso ?

Es común confundir la l con la r, aun en la composición tipográfica, y se cita la voz de mando de un general español que dijo en cierto momento de alarma: "¡Sordados a las almas!

Pero nadie como Boris ha confundido jamás la r con la d. Así, como no gustaba dar contestaciones negativas directas, por no parecerle eso bien, cuando estaba comiendo algo y uno de sus hermanos le pedía una parte contestaba:

"está cdudo, está amadgo" por no contestar:

"no quiedo dadte". Para decir: pélenme este durazno, decía "a palá a mi agága". Agága provenía de manzana y manzana o agága llamaba él a toda fruta, como llaman papa los niños y sus cuidadores a todo alimento.

¡Quién habría sospechado que después iba a ser tan minucioso pada pdonunciad integda cada sílaba!

Nótese que es mucho más difícil decir cdudo que crudo y amadgo que amargo.

Por cierto que no admitía verbos irregulares, comenzando por rechazar los auxiliares; del verbo tener, por ejemplo, sacaba: teno, tenes, tene...; pero se encontraba con dificultades a veces insuperables, para aplicar su reforma a muchos verbos de su vocabulario; los inventaba también con frecuencia,

sacándolos de los nombres propios o de donde le daba la gana; felipear era hablar, tratar, estar con Felipe; broyer, verbo novísimo, que resulta ser francés y significa reducir un objeto a pequeños fragmentos, quería decir para él, trepar arañando, como los gatos.

En fin, para entender lo que decía Boris durante los primeros ensayos de su incipiente lenguaje, se necesitaba adivinarlo.

ARMONÍA DE LAS PALABRAS EN LAS IDEAS DE LAS COSAS

El más lejano recuerdo que tenía de su propia, existencia, se refiere a la época en que podía tener a lo más cinco años, y a un episodio cómico y doloroso de su infancia.

La más viva imagen de ese recuerdo es aquella en que se ve a sí mismo llorando junto a una puerta pintada de verde, reventando con sus dedos las ampollas de la pintura mal hecha, y observando, sin dejar de llorar, que debajo de la capa verde había una roja.

En los mayores dolores, ya se sabe, la mente se complace en coleccionar trivialidades. Boris, no podía estar más afligido y sin embargo, su cerebro anotaba las puerilidades de su trabajo mecánico.

¿Y por qué estaba afligido y por qué lloraba?

Su padre tenía minas en Choroma (buscar Choroma en el mapa), pasaba allí toda la semana y venía a Tupiza el domingo por la mañana, a caballo, trayendo siempre en las alforjas, a más de muestras de minerales y otros objetos, algo para el chico: frutas, capias, dulces o algún juguete (Boris era un tanto mimado en la familia).

El día del episodio, apenas se desmontó su padre, Boris se acercó al caballo que era amigo suyo, abrazó su cabeza inclinada, sintió aquel olor de sudor normal que él llamaba olor a viaje, y concluidas sus caricias al noble animal, preguntó a su padre qué le había traído.

-Qué te he de traer, criatura -le respondió -, ¡desdichas!

-Magnífico -pensó para sus adentros-, nunca me ha traído eso- Y Ya saboreando de antemano el gusto del manjar, se hizo el distraído por no parecer ansioso.

Pero después de haber pasado un tiempo razonable, sin que su padre se preocupara de darle el regalo, se dirigió a las alforjas, revolvió todo en ellas, y no encontró ni señas de desdichas.

Aún tuvo paciencia y supuso que su padre las había sacado: se le hizo presente varias veces, inútilmente, y cansado de esperar, interpeló:

- "¿Dónde están las desdichas?"

Su padre lo miró entre triste y burlón y no le contestó.

Entonces, con los fueros que le daba su derecho de niño comenzó esta letanía, llorando:

-Denme desdichas; quiero desdichas; ¿ dónde están las desdichas?

Todos se reían y él se irritaba y gritaba cada vez más: "denme desdichas".

Vino el cura Rendón, su padrino, y él también se puso a reír; pero convencido de la sinceridad de la aflicción del niño, hizo cuanto pudo por distraerlo. Le dio una moneda, le prometió llevarlo a pasear a caballo y por fin, visto lo inútil de su empeño, trató de saber lo que él entendía por desdichas.

-¿Qué son pues? -le preguntó.

-Son unas cosas ladgas y negdas. (Otra risa)

-¿Son juguetes o cosas de comer o de ponerse?

-De comed -contestó irritado. (La hilaridad continuaba.)

-Frutas, ¿entonces?

-No son fdutas.

-Y, ¿qué son?

-Unas cosas negdas, asadas, que hace todos los jueves la negda Madía.

¡Desdichas asadas! ... ya entonces la diversión no tuvo límites, y se marcó por una estrepitosa algazara.

Boris lastimado por la burla sangrienta, salió al patio para ocultar su derrota y fue a parar junto a la puerta verde.

Rotas todas las ampollas, se consoló reflexionando en la falta de entendimiento de su padre, de su madre, de sus hermanos, de su padrino el cura y del resto de la asamblea. Tenía razón, pues era fácil caer en la cuenta, después de tantos detalles de que desdichas debía ser algo de comer, de nombre parecido, el de salchichas, por ejemplo, y de que Boris llamaba salchichas a las morcillas; por donde morcillas y desdichas eran para él la misma cosa.

No habiendo en Tupiza dos sujetos del mismo nombre, creía que el nombre propio era exclusivo y comparticable e intrínsecamente encarnado en lo íntimo de cada individuo. Así, había una Brígida frutera, una María empanadera, un Florencio

herrero, un Tadeo sastre, picado de viruelas, etc., etc., y Boris creía que Tadeo significaba tutado, sastre y único en la tierra con tales cualidades; y lo análogo respecto a los nombres de Brígida, María y Florencio.

Para colmo vivía en aquellos tiempos una vieja blanca, flaca, llamada Aurelia Evia de Pando, que habitaba una casa a cuyo patio daba sombra un enorme sauce; por tanto, doña Aurelia encarnaba la idea de vejez, de blancura ajada y de sauce grande.

Fue siempre extraña y poderosa en su mente la influencia del sonido de las palabras y la tendencia a sustituir la sustancia por su accidente.

A lo dicho sobre Tadeo y compañía, deberá añadirse que cada persona, cada objeto, cada suceso, cada época, cada entidad concreta o abstracta tuvo para él un color, un sonido, un gusto, un olor, una forma, una semejanza; de tal manera que la idea del objeto y la suscitada, ocupaban en su cerebro el mismo rango.

El nombre Diego representaba un pan de jabón ordinario, de forma cúbica.

El de Eusebio daba la idea de una vela de sebo gruesa.

Francisco quería decir un hombre maduro, vestido con traje gris.

Rodríguez un pedazo de queso con vetas verdosas.

(Nota: Don Francisco Rodríguez era un pulpero de Tupiza y vendía queso más o menos viejo y deteriorado; usaba una ropa gris eterna.)

Tucumán, color naranja; Buenos Aires, nácar; Córdoba, morado; Salta, verde; La Rioja, café; Mendoza, color pizarra; Jujuy, amarillo... y no había quien le quitara tales ideas de la cabeza.

Inmediatamente que oía un nombre saltaba una figura, un color, un ruido u otra sensación que eran respectivamente el alter ego de la persona o cosa designada.

Los lunes eran color de hoja de lata algo empañada.

Los martes verdes como cipreses, ¿quién podría dudarlos?

Los miércoles de un amarillo brillante.

Los jueves también amarillos, pero a modo de yema de huevo.

Los viernes verde claro.

Los sábados plomo gris, parecido al cielo en día nublado.

Los domingos color rojo, no muy vivo.

Los meses no tenían colores definidos, pero él en la paleta de sus impresiones era incapaz de equivocarse el tinte del mes de abril con el de agosto.

No había, pues en el idioma palabra cuyo sentido ignorara, pues a todas cuantas oía les daba una representación conocida. Así, rezar era un acto color plomo, porque don José Sánchez Reza tenía un sombrero alto de chinchilla de ese color.

Materia: un líquido algo espeso amarillento, (humor, supuración, materia).

Moral: un objeto de cobre (morado).

Honor: un tumor, una hinchazón.

Criterio: un gato baruno, arisco (aquí el vínculo se pierde, en un abismo insondable).

A esto se añadían las concepciones más extravagantes sobre las cosas que ya conocía. Por ejemplo, para hacer un libro, según él, solo se requería poner un número mayor o menor de palabras, todas diferentes, una tras de otra; el mérito de la obra estaba en relación con la cantidad de éstas. Para hacer otro libro se necesitaba otra colección. La idea de que los libros contuvieran

frases o dijeran algo, no se le vino jamás a la mente.
Extraña falta de sentido común, inexplicable, pues
no se concibe tales aberraciones ante las evidencias
de cada momento.

**ASTRONOMIA - METEOROLOGÍA -
LIGERA RESEÑA DEL CIELO, DEL
INFIERNO Y DE SUS HABITANTES**

Cuando veía salir la luna detrás de los cerros deseaba subirlos para tomarla con sus manos a su paso por las cumbres, y si estaba ya un poco elevada, presumía que don Lorenzo Sastre (el hombre más alto de la comarca) armado de una caña y parado en la cima, podría voltearla de un cañazo.

Todos los niños han tenido, es de creerse, ante un espectáculo análogo, la misma idea.

Parecidas sensaciones le sugerían las nubes flotantes sobre las montañas, como capullo de algodón si eran blancas, o como vellones de lana negra, si eran oscuras.

En ambos casos, don Lorenzo Sastre, su candidato perpetuo para las grandes empresas, podía, con un rastrillo, traerse a casa una buena provisión de lana o de algodón.

Los relámpagos eran rayas hechas por un gigante con un tizón encendido; los truenos, el fragor de cueros secos, arrastrados por las escabrosidades de los cielos.

La tierra era plana, salvo algunas rugosidades como las montañas y quebradas, y estaba cubierta de una bóveda de tules, densa por trechos y salpicada de pedacitos de vidrio más o menos brillantes.

Tras -de esa tapa de sopera, en el punto central, estaban Dios, la Divina Providencia, los ángeles, entre ellos el de la guarda, los Arcángeles, los Serafines, Santa Ana, la Virgen María y su digno esposo, Jesucristo, San Pedro y otros personajes celestiales.

Debajo de la tierra había otra semiesfera, hueca, negra, llena de humo, soldada a esta por sus bordes, en cuyo fondo estaba el infierno, donde vivían el Diablo y comparsa. En los límites del disco o plano terrestre, arriba y abajo, moraban los fantasmas, los

aparecidos, los duendes, las brujas, las hadas, los encantadores y los gigantes que hacían los relámpagos.

La suposición de que la tierra era un disco entre dos tapas de soperas, no iba tan descaminada, dadas las creencias que alguna vez tuvo la humanidad; estaba además de acuerdo con la iglesia y con las teorías de las altas eminencias que persiguieron y encarcelaron a Galileo, cuya historia no sabía Boris, a quien en este caso, no se puede por tanto acusar de plagio.

Cabe bien establecer aquí que, si los contradictores de Galileo fueron injustos con él, son a su vez injustos con ellos los sabios y los hombres ilustrados de nuestros tiempos.

Alguien ha dicho, creo, y con razón, que había circunstancias atenuantes en la conducta que usaba la Iglesia contra los promotores de reformas en las creencias.

Ciertamente creer que la tierra era el punto central del universo, que todo giraba alrededor de ella, que el sol era un satélite, que los planetas y las estrellas eran un simple adorno en honor del hombre, todo eso armonizaba con su orgullo, halagaba su vanidad y le inducía una conciencia de

su importancia, superioridad y suficiencia, que lo dejaba muy contento de sí mismo.

En medio de esta felicidad de amor propio satisfecho, un viejo impertinente se atreve a decirle: "¡No hay tal cosa; la tierra es un átomo imperceptible en el universo, las estrellas no han sido hechas para que usted las mire; todas las creencias de usted son hijas de su loca y presuntuosa fantasía!

Venir a quitar así, con dos o tres frases, las ilusiones de siglos y siglos, era realmente una agresión. Nadie se queda contento cuando le prueban que no es lo que él se cree, sino todo lo contrario; natural era, pues, que los desilusionados se enojaran con Galileo y lo trataran como a loco, ateo y criminal.

Dios era, en el concepto de Boris, un verdadero Padre Eterno, un anciano venerable, hermoso, con una barba larga y blanca; estaba siempre sentado para mantener la postura propia de Su Majestad; en esto Boris caía perfectamente en lo cierto; nadie cuando piensa en Dios, se lo representa de otro modo y mentiría como un bellaco, quien dijera lo contrario. Imaginárselo, por ejemplo, joven y lampiño, repugna al entendimiento.

Sus juicios acerca de los personajes celestiales, serán tal vez condenados por la Iglesia, pero él no tenía en ello culpa, pues eran el producto de una germinación en su cerebro, cuyas funciones no podía dirigir.

La Divina Providencia habitaba, como se ha dicho, el cielo; creíala emparentada con el Padre Eterno, y se la representaba con la figura de una mujer de cincuenta años, gruesa, de aspecto vulgar, cara siempre enjestada, cutis blanco amarillento, con manchas rojizas, nariz chata, ojos anegados y cabello castaño claro. La sospechaba poco bondadosa y en oyéndola nombrar ya temía que se tratara de alguna mala acción; la muerte de un niño, la ruina de una familia o cosas del estilo. Rara vez se la citaba con motivo de algún suceso feliz, y cuando esto sucedía, hablándose, por ejemplo, de alguien que hubiera escapado de un peligro y oía decir -"Se salvó gracias a la Divina Providencia", pensaba en sus adentros: Por fin ha hecho algo bueno la comadre".

El ángel de la guarda se colocaba todas las noches a su cabecera; él lo veía de pie vestido de tules y rasos celestes con las alas pendientes a lo largo de los flancos; joven, hermoso, pero

insignificante y bobo, no hacía ni decía nada, estaba ahí como podía estar en otra parte.

Al verlo soñaba con ángeles más divertidos, con arcángeles y serafines, bailando contradanzas en el cielo y agitando tiras de género recamadas de oro y plata, como las casullas y otros ornamentos de iglesia; las bandas bordadas se tendían a cierto tiempo verticalmente, temblaban un rato, bajaban, pasaban lentamente y, por fin, Boris se dormía.

A Santa Ana se la representaba en concordancia con sus retratos y efigies; señora mayor, vestida pobremente, con ropas viejas y descoloridas; flaca, apesadumbrada, mirando hacia abajo y siempre resfriada, quizá por tener la nariz larga y puntiaguda.

Qué mal hacen las autoridades eclesiásticas de admitir en los altares imágenes presentadas bajo formas repelentes o ridículas; santos feos y santas y vírgenes antiestéticas. Los niños toman esos adefesios como encarnaciones de las entidades que representan, los graban en su mente y conservan la impresión toda su vida; la idea primera persiste y ya jamás nadie podrá concebir a Dios, la Virgen, Jesucristo, los santos y los ángeles, sino según el modelo primitivo, visto en la iglesia, lugar sagrado, respetado y fidedigno.

Por eso Santa Ana era la pobre señora que Boris veía en la madre de la Divina María.

La Virgen santísima...; había dos vírgenes santísimas según el testimonio incontrovertible de sus sentidos y la tradición, de la cual tenía algunas nociones.

La primera se le presentaba bajo la forma de una joven bellísima, inocente, melancólica, de ojos grandes, admirados, como si no comprendiera bien lo que pasaba ante ella; ¡modesta cual cuadraba a la pobreza de su familia!

Jamás a Boris ni a nadie se le ocurrió que la dulce María perteneciera a la aristocracia.

El la veía en las láminas, siempre humilde, cuidando a su hijo, o bien yéndose a Egipto en burro, con el niño en sus brazos, tiernamente oprimido y seguida paso a paso por San José, un buen hombre, mediocre, que más bien parecía su padre que su marido.

La segunda, era la virgen de los altares, Nuestra Señora del Rosario, de los Milagros o de cualquier otra advocación; esa señora mayor de edad, representaba una verdadera dama de Corte; al verla nadie la creería hija de la pobre Santa Ana, sus vestidos de encajes, raso, terciopelo y oro, y sus

collares de perlas, rubíes, esmeraldas y diamantes, realzaban su figura de noble matrona un poco anticuada, rica y ostentosa. Su manto y demás vestidos, de la cintura para abajo, tendidos por un triángulo de cañas, casi equilátero, le daban la forma de un cono sobre su base, en cuyo vértice se hubiera colocado una corona de plata tachonada de piedras preciosas.

Su antebrazo izquierdo, rígido, tieso y horizontal, sustentaba al niño Jesús en equilibrio inestable; desnudo, completamente en cueros, con tres espátulas de metal clavadas en la cabeza por todo abrigo.

Bien se conocía que Nuestra Señora no tenía frío bajo sus ropas abrigadas de lujosas y gruesas telas, ni aun en aquella iglesia helada.

El pobre niño, si hubiera podido hablar, habría pedido una manta o que lo llevaran al Ecuador. Así lo dejaban comprender sus brazos estirados y sus ojos redondos de puro abiertos.

Nuestra Señora no caía en cuenta de nada; ¡ni miraba ni acariciaba a su hijo, ni lo aproximaba a su seno como hacen todas las madres cuando no están vestidas de baile!

San José estaba ahí, de pie, con una redondela de plata remachada en la coronilla y una vara de nardos o lirios en la mano derecha, no se sabe por qué ni para qué.

San Pedro figuraba en otro altar, con las llaves del cielo en la mano; solo, sin su gallo, probablemente suprimido por el escultor para apartar recuerdos inoportunos.

Después de tal examen ¿cómo podía creer Boris que Nuestra Señora de los altares fuera la misma suave María por la cual tenía tan sincero afecto ?

Ningún testimonio podía contradecir lo que sus ojos veían, y no hubo remedio: la idea de las dos vírgenes, la una simpática y la otra así, así, se instaló en su conciencia.

Otro tanto le sucedió con Jesucristo.

Hubo durante varios años dos ejemplares diferentes de Jesús en su concepto.

Uno, el del niño Jesús, sano, gordo, recién barnizado y con los brazos extendidos.

El segundo Jesús, el de la leyenda; un hermoso joven esbelto que llevaba la túnica con elegancia; soñador, vagabundo, desocupado, indolente, amigo de la vida meditativa, apreciador de la belleza, predicador y profeta y como tal, convencido de que

debía vivir sin trabajar y a expensas de sus admiradores.

Boris no podía hacer de los dos un solo hijo de María sin quitar a cada uno su personalidad; ni pensar que el niño gordo y lustroso pudiera convertirse en el melancólico e interesante joven de cabello largo, el de la túnica elegante. ¡Eso no podía ser!, la lógica de los dos sentidos imponía dos sujetos, dado el caso: el niño sano y gordo y el filósofo ambulante, el mártir de la Semana Santa después.

Aceptados los datos falsos o verdaderos, las consecuencias forzosas debían ser tomadas como realidades.

No son de extrañar estas cavilaciones, en un lógico de nacimiento, cuyos elementos de juicio venían del examen de las imágenes de la Iglesia, o de algún trozo de Evangelio oído en los sermones y ampliado por su imaginación.

El diablo, personaje siniestro, según sus detractores, no le inspiraba temor; por instinto sin duda, presumía la evolución de las ideas de otros tiempos respecto a este distinguido sujeto.

En la Edad Media y antes de ella, el demonio, Lucifer, Satanás, o como quiera llamársele, era una

entidad maléfica, dañina, cruel y repugnante, odiosa bajo todos los puntos de vista.

Ahora, gracias al conocimiento de la mitología, primero, y a los poemas, romances y piezas para teatros, cuyo tipo principal es el Fausto, Mefistófeles, nombre más eufónico que Satanás, un caballero simpático, algo escéptico, espiritual, ameno, bien educado, amable con todo el mundo, gallardo y valiente, conocedor como nadie de las flaquezas humanas y dotado de la más alta y serena filosofía. Si lleva almas al infierno con engaños, maleficios u otras truhanerías, no es por su cuenta, sino por orden expresa del Ser Supremo.

El infierno es una sucursal del cielo, las almas rechazadas en éste, son las únicas que aquél acoge (todo el mundo lo sabe).

Las teorías del cristianismo no pueden rechazar la lógica de las precedentes afirmaciones.

Más en armonía con los documentos humanos, está la mitología que hace de Júpiter y Plutón dos amigos y confidentes. Este mantenía también cordiales relaciones con los demás dioses y cedía a sus empeños cuando le pedían la libertad de algún condenado, dejándolo salir de los infiernos.

Mefistófeles, es de creerse, tendría iguales tolerancias, dado su espíritu caballeresco y bien humorado a pesar de las maldades que le atribuyen.

En el relleno de la cabeza de Boris había ciertos espíritus más o menos entrometidos en las cosas de este mundo.

Los fantasmas y los aparecidos, que lo aterraban con lo indefinido de su forma y de su personalidad, así como las Almas que salían a dar vueltas en las noches oscuras alrededor del cementerio, con apariencias de venir a reclamar algo de los vivos.

Los duendes, unos enanos con grandes sombreros y una mano de lana y otra de hierro según la tradición, lo perturbaban en extremo. el detalle del contraste entre manos de estos extraños sujetos no siendo explicable, pero debiendo responder a algo muy terrible, debía tomarse muy en cuenta.

Las brujas, para él, eran más bien simpáticas, pobres mujeres tan perseguidas por todos.

Las hadas, una señoras de cierta edad, vestidas ricamente, frescas todavía algunas, no le gustaban. Según la leyenda concurrían al acto de nacimiento de cada niño; unas otorgaban al recién nacido un

don que lo hiciera feliz, pero nunca faltaba alguna vieja resentida que ponía una cortapisa para paliar o anular los dones recibidos.

Más que con el proceder de las hadas, armonizaba con sus gustos el de los encantadores, cuyos hechos se manifestaban en los cuentos conocidos del pájaro Pipao, la Bella y la Fiera y otros; pero observaba que las hadas tomaban a veces el papel de los encantadores, y no sabía en ciertos casos distinguir, en materia de encantamientos, lo que era obra de varón o de mujer, si bien tenía una idea por guía: si la calidad del hecho era muy mala, él lo atribuía a una hada; si era buena o no muy mala, a un encantador, pues en esto pensaba lo que los sirvientes piensan de sus amos, es decir: que el Señor es siempre más bueno que la Señora.

ORIGEN DEL MUNDO - LA LUNA, LA TIERRA Y SUS ENSERES

Dios había creado el mundo de la nada, y de paso se había creado a sí mismo. Eso no lo entendía Boris, pero así estaban las cosas.

Los astros, las nebulosas, las estrellas, todo ello había sido hecho a la vez, lo mismo que el sol, la luna y la tierra.

El sol era una rueda de fuego, que salía por la mañana de una orilla del disco de la tierra, giraba sobre él e iba a esconderse en la orilla de enfrente; siempre conservando su tamaño, más o menos, pero cambiando de color según el estado de la atmósfera.

La luna, nacía en forma de un hilo de plata encorvado, también en una orilla de la tierra, pasaba

sobre ella y descendía al otro lado, seguida por una pequeña estrella, pero su tamaño variaba cada noche; crecía hasta llegar a ser un círculo y mermaba hasta perderse en forma de otro hilo de plata, menos brillante en el extremo opuesto al de su nacimiento.

Probablemente el sol daba vuelta por debajo de la tierra, conservando su integridad, pero la luna moría en su ocaso, cada tantos días, y otra luna nacía de nuevo.

Ya se ha dicho algo sobre la tierra; falta solo saber el origen de sus enseres.

El de éstos comprendía dos categorías; en la primera figuraban los objetos que él había visto fabricar o nacer del suelo; aquí entran las ropas, los sombreros, el calzado, los utensilios de barro, las mesas, las sillas y demás artefactos de carpintería, cerraduras, cerrojos y artefactos de herrería, los árboles, las flores, las frutas, las legumbres, los matorrales, las calabazas, melones, sandías, guisantes, trigo, maíz, judías, garbanzos y los productos enterrados, como las patatas ajipas, nabos y otras especies.

Todo lo que no entraba en estas colecciones debía encontrarse en otra parte ya hecho, y para

obtenerlo no había más que ir a recogerlo del suelo o de sus capas inferiores; y eso hacían, sin duda, los tenderos, los vendedores y otros negociantes que traían todo ello a Tupiza.

Él no encontraba ninguna dificultad en que las cosas pasaran así. La tierra, por el mismo procedimiento con que hacía flores maravillosas, árboles gigantescos, frutas sabrosas, metales en bruto y en barra, azogue (plata líquida) y aceites en las minas, como el petróleo, piedras preciosas y objetos verdaderamente maravillosos, podía hacer relojes, platos de porcelana, teteras de metal, frascos de vidrio y todo aquello que no fuera de fabricación manual.

Lo que da la nota sobre las concepciones de Boris respecto al origen de los objetos que conocía, es su idea, por demás extravagante, relativa a las cajas de sardinas, que consideraba frutas de estación.

Tal absurdo no debe provocar la risa, ni inducir a juicios contra la sanidad intelectual del muchacho, porque emana de razones bien fundadas, algunas de las cuales enumero.

Primera: las cajas de sardinas no circulaban en Tupiza sino en una estación, en Cuaresma y Semana Santa; jamás, fuera de esta época, se comía sardinas.

Segunda: la cáscara de las sardinas era metálica y dura; éstas se hallaban acomodadas en el interior en buen orden. Pero había también otros productos de cáscara dura: las nueces, las avellanas, las almendras, las granadas, los cocos; y otros de cáscara blanda (lo que solo implica una diferencia de grado), tales como los guisantes, lentejas, las habas, etcétera.

Tercera: las cajas de sardinas blancas y brillantes contenían piezas blancas y brillantes cubiertas de un envoltorio de la misma especie, seguramente metálico.

En esto las sardinas no se diferenciaban de las nueces, almendras, avellanas, etc., que también tienen una cubierta interna (hollejo) de un color análogo al de la cáscara.

Cuarta: ¿cómo podía la naturaleza encerrarlas en las cajas cuando no se veía rendija alguna por la cual se hubiera podido introducirlas? La objeción es seria, pero también lo es esta otra. ¿Cómo puede la naturaleza encerrar en algunas frutas, carozos, semillas, pulpas, secciones geométricas, tabiques de división, como en los cascos de naranja y figuras de

variadas formas y consistencia sin que el envoltorio exterior de estos productos muestre señal de haber estado abierto y haber sido cerrado?

Confiécese, pues, que si la existencia de las sardinas dentro de sus cajas no se entiende, tampoco se entiende la del contenido interior de las frutas, de los cucurbitáceos y de las vainas con granos.

Quinta: los árboles nacían de entre las piedras, de entre las peñas, de entre los trozos de minerales, a veces, lo que no les impedía florecer y dar frutas.

Las flores eran olorosas, las frutas sabrosas y perfumadas; la forma de las primeras era de un arte exquisito, la de las segundas variadísima e inexplicable; y nadie negará que hacer una flor del aire, una orquídea, de cien mil pensamientos todos diferentes, variedad infinita de crisantemos, dalias, rosas, claveles, todo ello del más artístico dibujo, de olor y colorido diferentes, es mucho más difícil que hacer una caja de sardinas.

Por otra parte se presenta una cuestión de equidad: las peñas, las rocas, las piedras, los trozos de metal, dejaban brotar de su seno árboles y arbustos, ¿por qué los árboles y matorrales no darían a su vez piedras, rocas y metales?

¡Nadie había demostrado a Boris la imposibilidad de que una planta diera productos metálicos: todos los sabios de la tierra no son tampoco capaces de probar la imposibilidad de tal fenómeno! Y, por último, ¿sabía acaso Boris que la hoja de lata era metal?

¿No vemos nacer minerales de la boca de un elefante, sus colmillos? ¿dientes duros, de las encías de los animales: cuernos, uñas y pelo de partes blandas del organismo? ¡Pues explicarse todo esto es tan difícil como admitir la posibilidad de que los vegetales y la tierra produzcan vasijas minerales, llenas de comestibles y por tanto cajas de sardinas!

Boris queda justificado.

ESPECIE RARA DE MATERIALISMO

Entrando a su edad madura Boris a habérselas con el mundo, fue convicto y confeso de materialista: mientras tanto lo hemos visto tan idealista que solamente lo quimérico era lo real para él.

(Estas páginas están llenas de anacronismos; se incurre en ellos porque a veces un hecho mental, como se indica en la advertencia puesta al principio del volumen, viene a ser confirmado por una idea de actualidad. Boris escribió a larga distancia de su infancia, el relato de la corta vida y de la temprana muerte de un niño. Lo escribió para probar a los mentecatos que sabía sentir: ellos lo ignoraban.)

El cuento publicado fue decisivo: nadie pudo leerlo sin llorar; y lo peor del caso es que el mismo

autor, al corregir sus páginas dejaba caer en ella gruesas lágrimas, el niño imaginario se había vuelto real en su conciencia; lo veía, lo quería, lo festejaba, lo compadecía, y cuando recordaba que lo había muerto en el relato de pura invención, lo miraba y veía que le hacía reproches con su cara angelical y triste desde el cielo, por su extrema crueldad; lo cual le sugería el intento de escribir otro en que el niño continuase viviendo.

Pero si no le hubiera muerto no habría hecho llorar a los que tan erróneamente lo juzgaban.

ANTICIPO A CUENTA DE SENTIMIENTOS

La sensibilidad más exquisita y el espíritu de protección a los débiles y la cortesía, fueron la característica de su constitución psíquica.

En Tupiza recogía, a orillas del río, las piedrecitas más chicas, aquellas que habían tomado la forma de almendras o de lentejas a consecuencia del frote recíproco en los torrentes, porque le daban lástima; las consideraba indefensas y las creía ateridas de frío en las noches de invierno, pero su piedad no podía amparar a todas y era por eso deficiente y parcial, pues él sólo recogía las muy bonitas (ya desde entonces tenía predilección por la belleza).

Una vez, encontró en la calle un precioso ratoncito, lo tomó, lo llevó a su casa, le hizo una casilla de barro en el patio, lo alojó en ella, y le puso queso y agua para su alimento durante la noche.

Al día siguiente, cuando fue a verlo, encontró la casilla vacía y con un agujero en la puerta... ése fue el primer ejemplo de ingratitud que se le presentó. Después, ¡cuántos de cientos de ratoncitos ha encontrado en el mundo!

Criaba conejos. Un domingo su mamá, sus hermanas y hermanos se fueron a misa; él, aunque muy religioso, no fue por estar enfermo; tenía un panadizo muy doloroso en un dedo del pie y apenas podía caminar, no sólo por el dolor, sino por una especie de almohada con que se lo habían colchado.

Los conejos comenzaron a gritar por falta de alimento y él a desesperarse y a llorar al oírlos; su madre no volvía; los chillidos no cesaban y le traspasaban el alma. En un momento dado ya no pudo más: salió a la calle con su almohada en el pie y se fue a rogar al panadero (no había sino uno) algún socorro por el amor de Dios. El panadero, buen padre de familia, a pesar de creer que los irracionales no sufrían, le dio unos cuantos puñados de afrecho; ¡y todo entró en su quicio!

Entre tanto observó, a través de sus edades, que jamás sociedad de beneficencia humana en apuros, ni club político alguno falto de fondos, le había causado igual ni mayor impresión que el hambre de la comunidad de sus conejos, recuerdo más penoso para él, que el de la historia leída o contada de las miserias de lejanos pueblos, por la ruina de sus sementeras.

Un día Boris callejeando vio pasar un perro, tomó una piedra y se la arrojó: nunca pudo saber por qué; la piedra dio al pobre animal en la cabeza y parece que fue en un punto sumamente sensible, porque el perro aullando y gritando lastimeramente, salió a todo escape. Boris se quedó yerto, la conciencia de su crimen lo espantó; él, tan compasivo siempre, había lastimado a un pobre animal que no le había hecho nada, en virtud de ese sentimiento de ferocidad que todos los hombres tienen, pero que en él era una anomalía.

Desde ese momento no tuvo paz consigo mismo y, día y noche, veía el perro huyendo y oía sus gritos estridentes.

No pudiendo al fin de cierto tiempo dominar sus remordimientos, decidió confesarse. Buscó

entre los pecados mortales si figuraba el de apedrear perros; no encontró tal prohibición, pero debía estar involucrada en cualquier otro pecado capital.

Faltaba aún que salvar otra dificultad. ¿Con quién se confesaba? ¿Con su padrino el cura Rendón? No. ¿Con el padre Aronis? Sí; a él le tenía menos vergüenza. E hizo en esta circunstancia, lo mismo que las más puras almas cristianas de damas encumbradas, cuando eligen sus confesores entre los más tolerantes y menos relacionados.

Fue, pues, a lo del padre Aronis, y le dijo a boca de jarro:

-Vengo a confesarme.

-¿Tú? ¿Y de qué vienes a confesarte?

-He apedreado a un perro.

-Has hecho muy mal, pero, en fin, no es para tanto.

-Sí es, porque el perro se ha ido aullando y gritando.

-Bien, no lo vuelvas a hacer.

-No lo volveré a hacer, pero eso es poco; yo quiero una penitencia.

-¿Qué penitencia, muchacho? ¡No hay para ello!

-Sí, debe haber ;porque yo sé que es un pecado.

-Bueno; reza tres padres nuestros.

-Bah; los rezo todos los días sin penitencia.

-¡Dale con la porfía!

-Le haré decir una misa a San Roque.

-Eso nunca hace mal.

-¿Y cómo se la hago decir? No tengo con qué pagarla.

-Yo te la diré de balde, niño.

-Entonces, no es penitencia.

-¡Peste con el lógico! Vete de aquí, yo te diré la misa y hazte devoto de San Roque.

-¿Si pudiera curarle la herida que tiene en la pierna?

-¿Cómo se la se vas a curar si ya ha muerto?...

Boris salió de la casa del Padre algo más consolado, pero el grito del perro y la visión de su fuga le quedaron: fueron para él una obsesión.

Boris vivía constantemente afligido por las desgracias de los animales.

Cierta señora tenía una tienda que comunicaba por una de sus puertas con un cuarto de la casa habitada por la familia de Boris. La señora se fue a hacer no sé qué maldito negocio fuera de Tupiza y dejó su perro encerrado en la tienda, el que

comenzó a aullar apenas partió la su ama y no cesó en una semana.

Sus lamentos, en los últimos días, eran ya casi imperceptibles: ¡el perro se moría!

Imagínese cualquiera el suplicio impuesto a la familia y las torturas de Boris que revolvió todo el pueblo para ver cómo se podía sacar el perro o darle algo que comer; pero nadie quiso tomar sobre sí la responsabilidad de penetrar en la tienda cuya puerta no tenía una sola rendija por la cual se pudiera echar leche a lo menos.

Durante el tiempo del cautiverio del perro, Boris no comió ni durmió a gusto. La vieja, inocentemente cruel llegó al fin; se sacó al perro ya moribundo y se le atendió con buen éxito.

Años más tarde, en un pueblecito de la provincia de Jujuy llamado Yaví, en una de sus ambulancias por las orillas, en compañía de un muchacho callejero, gran perseguidor de nidos, entró conducido por él, a un terreno baldío encerrado en un cerco de piedra.

-Aquí hay muchos nidos -dijo el muchacho -; el otro día tapé uno de rabia por no poderlo sacar; estaba muy hondo; voy a ver si lo encuentro.

Buscó un rato, dio con el sitio, retiró una piedra del hueco y se vio detrás de ella un pajarito, parado, muerto, ya seco... tenía la cabeza caída y los ojos abiertos. Boris reconstruyó en su mente, ante el tristísimo espectáculo, la tragedia que ocurrió en el nido; vio los pichones con sus picos abiertos en escuadra, piando, muriéndose de hambre, y a la madre yendo y viniendo de sus polluelos a la puerta del nido cerrado; calculó sus angustias, su desesperación ante ese terrible conflicto, su padecimiento, sintiéndose ella misma desfallecer; su resignación, en fin, al situarse en la puerta y morir de pie ¡como ningún héroe lo ha hecho hasta ahora!... Echó una mirada de cólera y de reproche al muchacho, bandido cruel, destituido de todo sentimiento humano, que le pareció un monstruo horrible y, sin decir palabra, huyó de su lado corriendo y llorando, para no verlo más.

La escena del pajarito, con todos sus detalles, quedó grabada en la memoria de Boris para siempre, junto con las otras análogas.

Jamás pudo ver crueldades y cien veces expuso su vida por evitarlas o reprimirlas, sin tener en cuenta su posición, a veces encumbrada, para habérselas con el más ruin de los plebeyos, en

defensa de un niño, de un caballo, de un ser débil cualquiera a quien veía maltratar. El abuso de la autoridad o de la fuerza le parecía odioso. Así detestaba a los patrones que trataban mal a sus sirvientes.

En cuanto a su cortesía, sólo puedo decir que era muy singular. Creía que a un extraño nada podía negársele, con tal que fuera posible concedérselo; y si no se podía, que se debía a lo menos explicarle la negativa con muy buenas razones. No se sabe de dónde sacó semejante regla, que fue para él origen de muchos disgustos.

**SITUACIÓN ECONÓMICA DE LA
FAMILIA, TRISTES REMINCENCIAS -
VENTA DE JUGUETES- EL PADRE, DON
DIEGO, LA MADRE, DOÑA
VISITACIÓN, LAS HERMANAS LOS
HERMANOS DE BORIS**

Incurriendo, como de costumbre ya anunciada, en anacronismos, contaré, tomando una época dada, las penurias por que pasaba la familia de Boris.

Su padre estaba emigrado de Tupiza por haberse metido en una revolución contra el gobierno legal de Bolivia. Su familia, compuesta de la madre y sus ocho hijos, quedó sin recursos. Un señor muy generoso le prestó una casa para que la habitaran gratuitamente; pero eso no bastaba, la familia tenía que vivir, y vivía a favor de donativos o

préstamos que les hacían ese señor, su hermano, el cura Rendón -padrino de Boris - y otras gentes buenas del pueblo.

No obstante, llegó un día en que estos recursos tocaron a su fin y entonces fue necesario recurrir a una operación financiera dolorosa.

Ya he dicho que Boris era un niño precioso y muy simpático: por esta razón todos los amigos de la casa le regalaban, en épocas dadas, juguetes, cortaplumas, instrumentos de carpintería, arte al cual era muy afecto, y objetos varios de plata fina, filigranas y otros dijes de valor. Pues bien, en ese día doña Visitación, madre de Boris, lo llamó a su cuarto, y pintándole la situación, le pidió consentimiento para vender los objetos de plata que poseía. Boris lloró mucho, se lamentó, reunió sus dijes, se desprendió de ellos muy tiernamente y autorizó la venta, con cuyo precio la familia pudo vivir ocho días. Esta fue la primera dádiva de consideración que hizo en su vida. Después ellas no cuentan, pero sí cuenta la gran cantidad de desagradecidos que hizo y que continúa haciendo, como es muy natural, pues la cualidad ineludible de todo ser humano, es el desagradecimiento. En otra

ocasión probaré la razón fundamental de esta conducta.

Don Diego, era oriundo de Inglaterra; su padre fue llamado a la Argentina para fundar la contabilidad del Banco Oficial, en el cual estableció llevar los libros por partida doble, introduciendo esta reforma en la contabilidad. Don Diego a la edad conveniente, entró en la milicia y sirvió en los ejércitos levantados por el partido unitario.

Después de varias batallas en que mostró su bravura, se vio obligado a emigrar a Bolivia, adonde llevó a su mujer, y no recuerdo si a alguno de sus hijos. Llegó a Tupiza, donde se estableció como comerciante, abrió una tienda que prosperó rápidamente y la familia alcanzó una situación modesta, pero eficiente. En esto fue atacado de la fiebre de las minas; liquidó su tienda, adquirió un mineral y se puso a trabajar en él, con cierto éxito al principio solamente. Después los rendimientos disminuyeron y ello continuó así hasta que don Diego emigró de Tupiza, y de ahí en adelante no se supo más de las minas ni de nada.

Don Diego era un hombre muy inteligente, instruido, lleno de humor, escritor elegante, narrador insuperable; era bondadoso y sumamente sensible; bien constituido, casi atlético y de una fuerza poderosa; lindo hombre, blanco, ojos azules, tiernos y suaves.

En la sien izquierda tenía unas manchas de pólvora, resultantes de un fogueo que recibiera en una batalla.

Boris, excepto las manchas de pólvora, era una miniatura de su padre. Una vez dijo: "Conozco que me parezco a mi papá porque cuando me río siento que se me arrugan los ojos". Don Diego no encontró galante la referencia.

Sus originalidades y sus anécdotas corrían de boca en boca, y se contaba de él, bajo el nombre de "cosas de don Diego", originalidades realmente extraordinarias.

Ejemplos: cuando estuvo en el ejército organizó en su regimiento una sociedad llamada de "Títeres", de cual él fue el primer maestro o director. Los afiliados debían obedecer a un signo del maestro y ejecutar, en cualquier situación en que se hallaran, movimientos ridículos, cual si fueran títeres, a una señal de don Diego que consistía en mover la mano

derecha como si tirara de un cordel. El lector calculará los incidentes cómicos y grotescos que se producían y la serie de arrestos y castigos impuestos por los superiores a los afiliados que parecían burlarse de ellos. Esta misma asociación estableció Boris en el colegio con idénticos resultados desastrosos. Los afiliados, aun cuando estuvieran en presencia de niñas o señoras, se ponían a hacerles morisquetas que eran tomadas como burlas sangrientas.

Cierto día iba por la calle con un amigo, delante caminaba un sacerdote, muy amigo de él también. Don Diego dirigiéndose a su compañero le dijo:

-A que me hago saltar por el padre.

-A que no -respondió el otro.

E inmediatamente don Diego corrió adelante, puso las manos en los hombros del sacerdote y lo saltó. El padre furioso corrió tras él y don Diego, poniéndose en cuatro pies, lo obligó a saltarle, so pena de dar contra él, y ganó la apuesta.

Una vez, emigrado en La Paz, se alojó en compañía de un señor llamado Madero, en una casa en la cual le dieron a cada uno un cuarto. Comenzaba a tomar el sueño el señor Madero,

cuando oyó un ruido en su puerta, encendió su vela, y vio a don Diego que entraba con su colchón auestas y le pidió alojamiento por aquella noche, pues no podía dormir solo. Don Diego tenía miedo a las almas, singular contraste en un hombre que había dormido en campos de batalla llenos de cadáveres. Se recuerda también los terrores que pasó cuando murió Moroño. Moroño era viejito, chiquito, flacuchín, insignificante; su alma debía estar en proporción de su cuerpo, y sin embargo don Diego le tenía más miedo que a una legión de demonios.

Otra aventura: Suipacha, sitio en que tuvo lugar la batalla de su nombre y célebre por esto, era una aldea no muy distante de Tupiza. Sus campos circunvecinos producían mucho maíz y don Diego necesitando alimentar a sus peones, fue a buscar maíz a Suipacha. Llegó en una noche de luna, que en aquella comarca alumbra poderosamente. La aldea era tristísima, desolada, parecía inhabitada, y traía el recuerdo, a quien lo tuviera, de una población árabe en el centro de un desierto montañoso. Ni una luz se veía en las calles ni en las casas, cuya sombra aumentaba el melancólico sosiego.

Don Diego fue a alojarse a casa del cura, su amigo, donde le dieron un gran salón por dormitorio. El párroco, durante la cena, cometió la imprudencia de contar que en el salón indicado había muerto hacía poco su hermana. Don Diego, espantado, demoró lo más posible el momento de recogerse, pero no era posible pasar la noche en vela. Por fin se fue a su cuarto y para contar con un recurso de escape, dejó entreabierta la puerta; la luna invadía la habitación; don Diego, cansado, no tardó en conciliar el sueño, pero en cierto momento se recordó sobresaltado. Sentía hacia los pies el peso de un cuerpo que se movía y masticaba, que lo heló de espanto; pero como el objeto aquel no era agresivo, cobró coraje, sacó una mano con la cual se aventuró a explorar el sitio con grandes precauciones, tocó unas astas, y al descender la mano, unas barbas. ¡Astas, barbas! se dijo, no puede ser sino el diablo, y sin más ni más se levantó de la cama, salió al patio en camisa dando gritos, mientras oía el zapateo del diablo que corría tras de él. La cocinera del cura se asomó a la ventana, y al ver a don Diego en paños menores y corriendo, seguido de un chivato familiar, se explicó el episodio y le gritó:

-¡No se asuste, don Diego, es el chivato!

En otra ocasión, en Salta, un enemigo del gobernador hablaba incendios de éste. Don Diego, al oírle decir que aun cuando había sido su amigo íntimo no volvería a poner los pies en su casa, le recordó este refrán: "nadie puede decir de esta agua no beberé", y como el opositor insistía, acto continuo lo levantó en sus brazos, salió de la casa, atravesó la calle, entró a la del gobernador que estaba enfrente, y lo depositó en medio del salón.

Pobre don Diego, murió en Buenos Aires, a consecuencia de una infección tomada en los esteros del Paraguay durante la guerra.

Doña Visitación había nacido en Tucumán y pertenecía a una familia distinguida de origen español. Había sido muy linda en su juventud y en su edad madura, y aun en su vejez conservaba rasgos de belleza. Educada a la antigua, era sumamente religiosa e inmovible en sus principios; en materia de educación, creía en las ventajas de una gran severidad en que toda falta debía ser castigada con rigor, en que una madre tolerante era criminal, y aun cuando quería mucho a

sus hijos y se sacrificaba por ellos, no les escatimaba rigores y castigos. Boris la llamaba, a escondidas, "el tirano".

Toda su vida fue un verdadero martirio, por la escasez de recursos, por las penurias que ocasionaban las enfermedades de sus hijos, y por mil otras causas que es inútil referir.

Era inteligente, amena en su conversación y hasta irónica, pero inaccesible al humor, del cual no entendía una palabra, y desconocía, por tanto, a su marido, cuyo carácter era esencialmente humorístico.

Pocas personas saben lo que es humor, y las que lo entienden a medias, lo desdeñan. El humor es, sin embargo, una alta calidad del espíritu. Alguien ha dicho: "Es necesario que tras de él haya algo que le dé solidez y brillo; implica un espíritu sano, capaz, penetrado de gravedad. Hay siempre un tinte de filosofía; hay tristeza, profundidad y pasión en los más grandes humoristas".

Los únicos años de felicidad relativos que tuvo, fueron aquellos que pasó en Salta, después que sus hijas se casaron y que sus hijos fueron colocados más o menos bien; y esa relativa felicidad de que

gozaba era debida al pobre Boris, quien desde que pudo ganar algún dinero, le mandaba socorros que se convirtieron al fin en una modesta pensión, a la cual se añadía la del gobierno. Con ello y con los regalos de Boris, la señora lo pasaba bastante bien y satisfacía sus aficiones religiosas, traspasando a la Virgen cuanto vestido le mandaba Boris, lo cual no impedía que éste fuera debidamente calumniado en Buenos Aires, donde según pública opinión, era un hecho que su madre se moría de hambre en las provincias, mientras él vivía en la abundancia. "¿Si no, por qué no, la trae?", se decían las gentes. ¡Qué brutos! Si Boris hubiera llevado su madre a Buenos Aires, habría hecho de ella la mujer más infeliz de la tierra, provinciana y habituada a vivir a su modo, ser transportada a la capital, en donde todo el mundo encontraría ridículos sus hábitos, sus modos, y hasta sus trajes por más de moda que fueran... ¡calcúlese los disgustos que semejante desaprobación pública le traería!

En cambio ella vivía en su casita, cerca de una iglesia, donde oía todas las misas que le daban la gana, se confesaba dos veces por semana, para poder reincidir en sus murmuraciones; rezaba a San Vicente y a Santa Bárbara, de quienes era devota,

ocupaba poco espacio en el mundo y conservó hasta su último momento la completa tranquilidad de alma y de conciencia.

Las hermanas de Boris eran tres: María, Cristina y Vicenta (ya se sabe que doña Visitación era devota de Santa Bárbara y de San Vicente de Paúl, y sépase que su hijita Vicenta, si se llamaba así, era porque doña Visitación no se atrevió a llamarla Bárbara, aun a riesgo de provocar varias tempestades).

Las dos mayores eran muy lindas y lo parecían aún más en Tupiza, donde no abundaban las gentes blancas y de origen exótico. María era de tipo francés, heredado de su abuela paterna; Cristina parecía una inglesa nacida en el centro de Londres.

La educación que recibían en Tupiza era buena, pero insuficiente, como se comprenderá.

El cura Rendón, quien tendrá su párrafo aparte, viendo que de la inteligencia de estas jóvenes algo podría sacarse, llevó su generosidad hasta el punto de costearles el viaje a Chuquisaca y su colocación en un colegio religioso, durante un año o más.

Doña Visitación consintió en el viaje por razones que se suponen, a pesar del dolor de la separación. Cuando volvieron a Tupiza ya sabían las

pobres chicas todo lo que se enseña en los colegios de niñas, principalmente labores, y eran eximias en materias de rezos; nadie rezaba mejor que ellas.

Su aptitud para el bordado de seda en colores les proporcionó varios encargos de ropas ricas, que les procuraba alguna ganancia.

Ninguna de ellas era feliz, porque sus pensamientos y sentimientos salvaban los límites de Tupiza.

María era morbosamente impresionable y sufría verdaderos accidentes cuando su madre, en vez de reconocer el origen de sus padecimientos, la reprendía severamente por tenerlos. Tuvo cuantos pretendientes inservibles pasaron por el pueblo, pero se casó en Salta con un señor muy digno de ocupar un lugar distinguido en los infiernos; la hizo muy desgraciada, y fue tal vez la causa de su muerte.

María era muy cariñosa con todos sus hermanos, y particularmente con Boris. Este recuerda aún el llanto desesperado que causó a su hermana la orden terminante del Tirano de cortarle el pelo rubio, largo, enrulado, so pretexto de la dificultad de peinarlo.

-Yo lo peinaré todos los días - decía, y suplicaba el retiro de la orden. No obstante, la abundante masa de cabellos cayó al suelo.

Nunca olvidarán sus hermanitos el gran recurso de diversión que ella les proporcionaba. Era gran lectora de novelas y tenía una excelente memoria; y en las noches de invierno, frías, cuando los niños estaban alrededor del brasero, ella les contaba, con una fidelidad insuperable, la novela que leía. El conde de Monte Cristo, Los misterios de París, Rob-Roy, El castillo de Woodstock, etc., etc., dándoles así las primeras nociones de literatura, avivando sus sentimientos y endulzándoles la vida. Sus hermanitos la adoraban.

Cristina era una muchacha alta, rubia, de grandes ojos negros, y facciones correctísimas, muy elegante; más que afecto su persona inspiraba admiración. Era muy ocurrente e irónica; reservada, parecía que guardaba sus sentimientos como un tesoro difícil de alcanzar. Boris recuerda muchos de sus dichos y la impresión que revelaban. Muy afecta a los perfumes, amaba sobre todo el olor de la tierra recién mojada; echaba un jarro de agua a una pared de adobe y al sentir el olor que de ella desprendía, exclamaba: "¡Para qué es la vida!

En cierta ocasión paseaba en los alrededores del pueblo con una familia y con un inglés que la quería con pasión.

Una vaca pasó corriendo junto a ellos, Cristina huyó del sitio, llena de espanto; el inglés le preguntó después si había huido de temor, y ella le contestó:

-¡No, de vergüenza!"... El inglés dijo: ¡Oh! muy perplejo. En otra circunstancia entregándole una receta a un sirviente, al preguntarle éste si debía llevarla a la botica, repuso:

-No, a la carnicería.

Cuando la familia fue a Yaví, hallábase allí emigrado de Salta un distinguido abogado; lindo hombre, elocuente orador, polemista, sumamente exaltado. La pasión en todo era la regla de su carácter, se enamoró de Cristina, y Cristina, la altiva, sintiendo el influjo de la figura varonil y de ese temple enérgico, aceptó sus homenajes y se casó con él.

Cristina no fue feliz al lado de un hombre tan violento, aunque bueno para ella; murió dejando dos hijas que heredaron su belleza y el carácter de su padre, pero invertido, pues eran de una dulzura encantadora. ¡La fuerza del destino! ¡Quién le había

de decir al marido de Cristina que en los últimos días de su vida iba a ser asistido por el niño que apenas conoció! En efecto, cuando estalló la fiebre amarilla en Buenos Aires, allá por el año 18. .., Boris era ya médico y gozaba de muy buena reputación. Fue a ver a su cuñado que contrajo la enfermedad, lo asistió durante dos días; él, a su vez, cayó enfermo gravísimo, y cuando recobró la salud, preguntó por su enfermo y supo que había muerto.

Vicenta. - Todos la llamaban Vicentita. Era un ángel, según la idea que tengo de los ángeles, excepto en la belleza física. Pero como los ángeles no tiene cuerpo...

La naturaleza le había dado todas las cualidades, excepto esa; sus hermanos para referirse a ella, decían: "la fea, la fiera" (fiera en el lenguaje usual significaba fea). Qué crueldad con una inocente criatura, modelo de bondad y de admirables sentimientos; sólo la falta de intención de sus hermanos podía disculpar esa inconsciente maldad. La pobrecita, cuando así se la denotaba, nada decía, pero sus ojos se llenaban de lágrimas, sentía la herida y se iba a llorar donde nadie la viera. Era delgada, flacuchina, parecía un niño endeble bajo

sus pobres vestidos que envolvían en apariencia un cuerpo de mujer. Pero esa frágil estructura encerraba un alma llena de sutil inteligencia, delicadeza, abnegación y extrahumanas virtudes.

Cuando su mamá para consolarla le ofrecía un vestido nuevo: "Para qué - decía - yo me voy a morir pronto".

Su modo de hablar revelaba su originalidad, usaba las fórmulas de retórica sin saberlo, su inteligencia vivísima saltaba de un hecho concreto a una concepción deducida, sin pasar por los preliminares, por intuición. Ponía nombres que implicaban vida a los objetos, por poco que se prestaran a una aproximación a los seres vivientes. Un día dijo a su mamá:

-¿Sabes que voy a casar a Pina con el soldado? -
¿Por qué, mi hijita? - Porque es muy perezosa y necesita tener quien la proteja cuando yo me muera.

Pina era una muñeca de trapo y el soldado un muñeco de madera vestido con chaqueta azul y pantalón colorado. ¡Pobrecita, siempre pensando en morirse! Esa obsesión tal vez era la causa de sus frecuentes tristezas y de su indiferencia por todo lo que otras criaturas ambicionan.

No tenía nada que valiera algo. Sus muñecas eran baratas, su costurerito una canastilla ordinaria; nada, nada, excepto un par de aritos de oro, regalo de su mamá cuando la niña tenía seis años. Uno de esos aritos está en poder de Boris en calidad de reliquia.

Como era muy servicial, por ayudar a la cocinera en cierta ocasión, cortó una papa (patata) y, al abrirla, vio que había partido un gusano, y espantada por la idea de haber cometido un crimen soltó la papa, diciendo: "Dios mío, Dios mío, perdóname este gusano" y corriendo y llorando fue a contar el suceso a su mamá.

-Bueno, mi hijita, no llores; lo has hecho sin intención y Dios te ha perdonado.

Con esto quedó contenta y salió del cuarto; pero volvió al rato muy preocupada.

-¿Qué tienes? - le preguntó su mamá.

-Mamá, no tengo ya ningún pecado y cuando vaya a confesarme...

-¡Oh! falta mucho para eso; pero cuando vayas le dices al padre...

-Sí, ya sé, le digo: Padre mío, acúsome padre, que no tengo ningún pecado".

Eso es.

Su memoria era sorprendente, recordaba cuanto leía, recitaba el catecismo de principio a fin textualmente, y lo analizaba con aquella lógica implacable de los niños. Un día dijo a doña Visitación:

-Mamá, yo no voy a ir al cielo ni voy a ver a Dios.

-¿Por qué, mi hijita?

-Por lo de las bienaventuranzas.

-¿Qué dicen las bienaventuranzas?

-Dicen: bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los limpios del corazón porque ellos verán a Dios, ¡y nada de las mujeres!

-Lo mismo es, hija.

-También, mamá, ya ves, todos los ángeles y serafines del cielo son puros hombres.

Doña Visitación, puesta al pie del muro, no supo qué contestar a esto, pues no se atrevió a insinuar que había también ángeles y serafinas en el cielo.

Estas observaciones en boca de una niña, no se explican, pero el lector debe estar seguro de la estricta verdad de cuanto refiero.

Los asuntos religiosos le ocupaban mucho, y sus preguntas sobre ellos ponían a prueba la erudición de doña Visitación. He aquí una de ellas para concluir con el tema:

-Mamá, ¿la Divina Providencia es hermana de Dios?

-No, mi hijita.

-¿La mujer, entonces?

-No hija; la Divina Providencia es la bondad de Dios para dar a todos lo que necesitan.

-Ah ...

Andando los tiempos llegó un día en que la niña se sintió cansada, decaída y afiebrada; hacia la tarde anduvo acostándose a ratos desde temprano, almorzó sin gana y se metió en su camita sin comer. Al día siguiente se levantó bien, según dijo, pero pasadas las horas de la mañana, comenzó el malestar y la fiebre; echó sangre por la nariz, tuvo escalofríos y fue a la cama cuando el sol estaba aún sobre el horizonte. Esa noche durmió recordándose a cada instante y soñando disparates. Cuando fue la hora de levantarse se sintió fatigada y pidió que la dejaran dormir.

Pasó mal la noche, delirando a ratos; a la mañana se repitió la hemorragia y la enfermita

apenas podía moverse; en el vientre hinchado por gases y en el pecho, aparecieron unas manchas rojas (petequias). Se mandó llamar al médico, quien después de un largo examen diagnosticó fiebre tifoidea. Ordenó se trasladara a la niña a otra casa, para evitar el contagio a sus hermanos.

Una amiga de doña Visitación ofreció su casa, por la ventaja de estar vecina, y Vicentita, ya muy grave, fue instalada en un salón frío, bien ventilado y con buena luz.

La orden de separación se cumplió, menos en lo referente a Boris, quien declaró que si no le dejaban asistir a su hermanita se arrojaría a la Poza Verde. Y así fue que apenas se movía de su lado durante el día. Y mientras la dulce criatura tramitaba los últimos restos de su vida, él pasaba su tiempo en contemplarla, besarla y acariciarla, y cuando ella dormitaba, él sin poderlo remediar se distraía examinando los detalles de la pieza; las rinconeras de sus ángulos llenas de santos y vírgenes, su techo de vigas y listones de color oscuro, sus sillas ordinarias y escasas en fila contra los muros blanqueados con cal, su faja de florecillas rojas y azules a lo largo de las paredes y sobre la altura del respaldo de las sillas, la gran ventana y, por una

imagen de yeso con cara indiferente, sin expresión, apática y fea, colocada cerca de la cama de la enfermita, y que a Boris le pareció de mal agüero.

La cabeza de Vicentita era un volcán, a pesar de habérsele cortado el cabello. Su frente quemaba. Boris, en su instinto médico, propuso que se le pusiera barro frío en la cabeza; eso le quitaría más calor que las compresas de agua helada, pensaba. Pero su receta no fue aceptada.

Las horas pasaban sin marcar el menor alivio. Solo una vez la enfermita, haciendo un esfuerzo por mostrarse animada, pidió sus muñecas; les hizo cariños, acostó a Pina a su lado; más luego, fatigada, no se ocupó ni aun de ella y cerró los ojos. Boris se puso a llorar y empapando su pañuelo en agua fría, humedeció los labios secos y ardientes de su hermana, para poder besarlos sin lastimarla.

Todo iba de mal en peor. Vicentita deliraba. De repente, saliendo de un sopor se incorporaba y gritaba:

-Lleven esos animales, que me dan miedo.

-Pero no hay aquí animales, mi hijita -le decía su mamá.

-Sí -replicaba-; ratones, sapos, arañas, gusanos, yo los veo.

Y rendida por el esfuerzo ejecutado, caía sobre su almohada.

Veinte horas después perdió el conocimiento y a la tarde, hora del crepúsculo, su respiración anhelosa volvióse difícil en extremo, estertorosa; era un ronquido continuo ...

-¿Por qué hace así? -preguntó Boris a su madre.

-Porque está muy dormida - respondió ésta, y añadió después de una pausa:- mejor es no despertarla; vete a casa y mañana vienes temprano...

-Bueno, mamá.

Boris no durmió esa noche; se levantó temprano y fue a montar su guardia. Al entrar en el aposento vio en él caras extrañas; algo nuevo había ocurrido. Sin averiguarlo, apurado por ver a su hermanita, se acercó a ella y antes de enterarse de su estado le dio un beso en la frente; mas no bien sus labios la tocaron, se alzó bruscamente, miró un momento el rostro de la niña, echó atrás la cabeza, y cayó pesadamente a los pies de la cama...

Muchos días después de la catástrofe, cuando disminuyó su pena, sus remordimientos continuaron haciéndolo sufrir.

-¿Por qué no le he dado todos mis juguetes? -se preguntaba a sí mismo - ¿Por qué no le daba la mitad de mi pan y la fruta que a mí me regalaban? ¿Por qué la mortifiqué alguna vez? ¿Porque no la acariciaba y la consolaba, ni le mostraba el cariño que le tenía, sin saberlo yo mismo?

Lo que más le angustiaba era la imposibilidad de hacerle saber a su hermanita estos profundos pesares y arrepentimientos.

-No me oye, no me oirá nunca - decía ni conocerá jamás mi espantosa amargura. ¡Todo se acabó para siempre!

La verdad es que Boris, desde la muerte de Vicentita, cambió en mucha parte la índole de sus conceptos; su fe religiosa desapareció y con ella su aplicación a los sucesos de la vida.

Dios, si existía, era un ser mal intencionado y cruel; la Divina Providencia, una vieja bruja perversa, y el Angel de la Guarda, un tonto inútil.

Estas ideas atenuadas y reducidas a términos racionales, subsisten en Boris; sus opiniones se amoldan a una ironía festiva que no hiere, con la cual oculta o disfrazaba sus sentimientos ingénitamente bondadosos.

No tiene ninguna de las ideas llamadas absolutas, ni cree en la estabilidad de las virtudes humanas.

Los hermanos se llamaban Tomás, Gregorio, Patricio y Alberto.

Tomás, como todos los miembros de su familia, tenía instintos médicos, y aunque colocado como dependiente en una casa de comercio, estudiaba, en cuanto libro le caía a la mano, cosas de medicina, principalmente de farmacia, de la cual se sirvió para establecer una especie de botica, con gran beneficio del público y suyo.

Se casó a su tiempo, formó una familia, como cualquier hijo de vecino, en la cual ningún acontecimiento extraordinario sucedió jamás, a no ser, la muerte de su jefe, ocurrido en la hora que marcó el destino..

Gregorio era muy inteligente, pero algo extravagante e inclinado a abusar de su fuerza. Boris recuerda que lo despojó de una frazada una noche de mucho frío, en virtud de este aforismo que él llamaba lema chileno: "Por la razón o la fuerza". Fue a vivir un tiempo con su padrino, cuya casa era de altos y naturalmente con balcones a la calle. La

única ocupación y diversión del ahijado era pararse de cabeza en una perilla de la baranda, lo que sacaba de quicio a su padrino y a la digna consorte de éste.

No puedo dejar de mano esta casa sin estimar una de sus cualidades.

Ya he dicho que Boris marcaba cada situación de su vida con alguna sonata, aire conocido o armonía, por tanto debo decir que persiste en su oído el arrullo melancólico y suave de dos palomitas silvestres que cuidaba el matrimonio sin hijos que la habitaba.

Boris no recuerda ninguna otra peculiaridad de Gregorio ni su vida, a no ser que se casó en Salta; tuvo una regular familia de varones y mujeres, y vivió, no sé cómo, hasta que Boris, ministro de Instrucción Pública, le dió un puesto en el laboratorio de química de esa ciudad, donde, a consecuencia de la explosión de una ampolla que contenía ácidos, se quemó la cara y recibió grave daño en los ojos.

Al morirse, años más tarde, Boris naturalmente tuvo que asignar una pensión, que aún continúa, a la familia, olvidando el asunto de la frazada.

Patricio era erudito, principalmente en historia, haragán, perezoso; habíase inventado una

enfermedad del corazón para pasarlo bien y disculpar su ociosidad; era pintor decorador y paisajista de afición, y pintaba árboles que parecían animales y animales que parecían árboles. Tenía un aspecto doctoral. En Salta fue profesor de un Instituto del cual salió a consecuencia de su terrible enfermedad del corazón. Se fue a Catamarca. Allí se casó, se metió en política, llegó a ser elegido diputado por aquella provincia, pero el Congreso rechazó su diploma, por no sé qué causa. Boris lo hizo empleado de correos primero, después administrador en un pueblito, situación que dejó por su consuetudinaria y admirable desidia. Naturalmente, ahora vive con una pensión de Boris y su enfermedad sigue.

Alfredo era inteligentísimo, lleno de aptitudes para aprovechar, ninguna de ellas, al menos con cierta persistencia.

Fue militar, estuvo en la guerra del Paraguay, donde hizo buena figura. Era burlón y tenaz en sus bromas, lo cual le procuró serios disgustos.

Éste no tuvo pensión pero dejó, al morir, un hijo que la tiene.

¡Boris es el hombre de las pensiones!